

los salmos penitenciales, en la misma mezcla de número antiguo y mas moderno que empleaban los sacerdotes en la Babilonia central y del Norte en los siglos anteriores á Cham muragas, en que predominaban ya las ideas semíticas.

Los babilonios semíticos, así como los demás semitas, adoraron desde un principio á un supremo dios, al cual llamaban simplemente el «señor» (Ba'al, babil. Bálu) y también el «dios» (*ilu*, El) (1), al que suponían morando en medio de la luz, por lo que consideraban al sol como su principal símbolo, siéndoles igualmente sagrados los astros, como reflejo de este único sér divino adorado por ellos y tributando á algunos, por lo mismo, muy pronto culto particular. Tenían, al propio tiempo, un concepto, poco desarrollado todavía, de una vida futura, después de la muerte, en el reino de las sombras, al cual así los babilonios como los hebreos daban el mismo nombre (bab. *Shu'álu*, hebreo She'ol) (2). Este culto luminoso y astral, absolutamente distinto de los politeístas de otros pueblos, por un lado, se ha espiritualizado en el monoteísmo que encontramos en el Antiguo Testamento ya en tiempo de Abraham y luego llevado á sus últimas consecuencias por los profetas, y fundido por otros, principalmente entre los babilonios, con el politeísmo sumérico hasta producir la religión oficial del Estado, que vemos ya bastante desarrollada en la Babilonia del Norte por los años 1900 antes de J.C. El «señor de los espíritus», *In illa*, primitivamente el mismo que el gran espíritu del cielo (*anna*, luego semitizado Anu) fué equiparado como Belo con el «señor» de los semitas, y se le agregó como complemento femenino de su sér la diosa del cielo «Ninna» ó Istar, la que como tal fué convertida también en divinidad de la estrella Venus. Por eso, así como el espíritu de la tierra y el del cielo representaban el papel principal en las fórmulas mágicas y de conjuro suméricas antiguas, del mismo modo en los salmos penitenciales representan igual papel el dios y la diosa (sin mas sobre nombre). La deidad local, primitivamente solar, de la ciudad de Babel, Amar-udug (Marduk, Merodach), nombre de formación puramente sumérica, se convirtió en el planeta Júpiter; Nindar y Nirgal (3), que en un principio debieron de ser sinónimos y de origen igualmente sumérico, se transformaron en los planetas Saturno y Marte; y otra deidad, de segundo orden en su primera época, Nabu (ó sea el «anunciador», que á pesar del nombre en apariencia semítico, procede asimismo de los sumeros), quedó representada en el planeta Mercurio. Por último, Rammán, el «que truena», dios de los temporales y del rayo (al cual dieron después los sirios el nombre de Rimmón, tomado seguramente de los babilonios y equiparado con Hadad ó Dadda, de origen hetita), á juzgar por su nombre, no es sino una asimilación del neo-sumérico Mir-mir y también solo Mir (de *mir*, «viento de tempestad») (4).

(1) También en Israel vemos vestigios de que en los tiempos primitivos se diera á Jehova el mismo nombre de Ba'al. Entre los semitas del Sur esta palabra llegó á significar con el tiempo «esposo», el «señor» de la mujer, mientras que entre los árabes, ya en época preislámica, se sustituyó á Ba'al, «el señor», la voz *al-illáhu*, por contracción Alláh, «el dios» (con el artículo), y entre los sabeos por *il*, dios. El árabe-araméico *iláh* no es mas que una forma desarrollada de la antiquísima palabra *il* (como el árabe *'iddh* del primitivo semita *'id*, arbusto, árbol, madera, etc.).

(2) Esta palabra es verdaderamente semítica (de *shu'álu*, decidir), y no de origen sumérico (de *shu*, «poderoso»), y de una palabra que no existe en la lengua sumera, *al*, ciudad), como algunos han pretendido explicarla.

(3) Es del todo injustificada la transcripción Adar que algunos proponen en vez de Nindar, la que acaso pudiera corresponder al dios Dar, que figura muy poco en los textos y que antes se leía Ib.

(4) El único fragmento de himno (neo-sumérico) que parece referirse á este dios en particular, es el contenido en 4. Rawl., 28, 2. Otro nom-

Formando trio con Rammán se le agregaron después Samas, el dios del sol, y Sin, el de la luna, de los cuales ya hemos tratado anteriormente. Es de notar que si el primero de estos dos se escribe siempre con su nombre sumérico *Udug ó Babbar* y solo se lee ó pronuncia en semita (Samas), en cambio el otro, Sin (palabra de formación sumérica), conserva esta misma forma en la pronunciación (5).

Además, Ea (In-ki, el espíritu de la tierra) y Anu (primitivamente *anna*, el espíritu del cielo), las mas antiguas deidades de los sumeros, fueron sencillamente trasplantadas, al lado de Belo, el supremo dios de los semitas, al nuevo panteón que así se formó, cuyo primer lugar ocuparon, y por este modo se completó la religión oficial babilónica, que fué luego adoptada también por los asirios, casi sin modificación alguna, con solo ponerle al frente al dios local Assur.

En cuanto al grado de afinidad de los babilonio-asirios con los demás semitas; en cuanto á su patria primitiva y á sus últimas etapas, ó sea el camino recorrido por la inmigración semítica, y otras cuestiones de igual índole, opina Eduardo Meyer lo mismo que el célebre arabista Sprenger: que la Arabia, esto es, el desierto, por antítesis á la tierra cultivada, ha vertido desde los tiempos mas remotos el exceso de su población beduina, rapaz y ávida de botín, sobre los mas extensos territorios de pastos circunvecinos, lo mismo en la Palestina que en la llanura mesopotámica (Aram), y por lo mismo en la Babilonia del Norte, también en época antiquísima, habiendo así, en cierto modo, constituido sucesivos centros de población. Así, según esta opinión, se formaron los pueblos semitas que figuran en la historia al frente de primitivas civilizaciones (6). Tan ingeniosa hipótesis, sin embargo, resulta desvirtuada por las nuevas investigaciones, iniciadas por A. von Kremer y continuadas por J. Guidi (7) y por el que escribe estas líneas (8), en su obra acerca de los animales domésticos y plantas de cultivo conocidos por los semitas primitivos. Así Guidi como nosotros llegamos ya en 1879 á un mismo resultado, con absoluta independencia uno de otro y en parte por método enteramente distinto, y este resultado es que la Arabia no puede ser en modo alguno la primitiva patria de los semitas, y que se ha de buscar esta patria primitiva mas al Nordeste. En la memoria citada en último lugar en la nota al pie, me fué dable aducir la demostración concluyente (9) de que en un punto cualquiera del Asia Central, pero en el cual debió ser indígena el leon,

bre del mismo dios, que figura en época mas antigua, es *Martu*, ó sea «dios de la tierra del Occidente.» A pesar de lo manifestado en nuestro texto, me parece hoy mas probable que esta deidad fué ignorada primitivamente por los babilonios é importada posteriormente del Occidente, no habiendo existido en el primitivo panteón babilónico, como no figura tampoco en la literatura. En este caso, *Mir-mir* sería tal vez, por el contrario, una asimilación del semítico-sirio *Rimmón*. Véase además lo expuesto en el capítulo siguiente acerca del nombre de país *Martu* («tierra de los amoritas ó amorreos»).

(5) En la religión preislámica de los árabes el concepto del sol (*shams*) era femenino y por lo mismo se le llamaba también simplemente «la diosa» (*al-illáhat*, el Allat de Herodoto, por contracción *allat*, lo que no tiene relación alguna con la diosa babilónica del mundo subterráneo *Allat*); la luna, por el contrario, tenía carácter masculino, mas, por lo que sabemos, no estaba personificada en deidad alguna. Respecto á Allah véase lo expuesto ya en una nota anterior.

(6) «Historia de la Antigüedad», tomo I, pág. 207.

(7) *Della sede primitiva dei popoli Semitici* (en las *Memorie della classe di sc. morali*, etc., de la *Reale accademia dei Lincei* de Roma, serie 3, tomo III, sesión del 16 de marzo 1879).

(8) *De la patrie originare des peuples sémitiques*, en las actas del congreso de orientistas en Florencia; en mi obra: «Nombres de los mamíferos en los pueblos sud-semíticos», Leipzig, 1879, págs. 406 y siguientes; y por último, en mi memoria: *Études archéologiques linguistiques et historiques, dédiées à C. Leemans*, Leiden, 1885, págs. 127-129.

(9) Véase también: «Pueblos é idiomas semíticos», tomo I, páginas 63-442.

los que después fueron babilonio-asirios» se separaron del tronco común, y seguramente ya en el quinto milenario pre-cristiano inmigraron en la Babilonia del Norte, pasando por uno de los desfiladeros de las montañas medo-elamitas, mientras que los demás solo á fines del cuarto milenario (1), mas en todo caso posteriormente á los hamitas norte-babilónicos, pasaron por la orilla meridional del mar Caspio, y, entrando por el Norte, ocuparon en primer lugar la que fué después Mesopotamia aramea, desde donde se extendieron poco á poco por la Siria, la Palestina y la Arabia; y así por medio de sucesivas inmigraciones y ramificaciones se convirtieron en los arameos, cananeos y árabes, que solo aparecen en la historia á principios del segundo milenario pre-cristiano. En esta forma se nos explican perfectamente, por un lado, los muchos puntos en que los babilonios tuvieron un desarrollo característico propio, é independiente de los demás semitas (idioma y otros elementos), y por otro lado adquiere aun mayor relieve lo mucho que les era común, y que procedía del abo-lengo semita. Para el historiador no pueden ser indiferentes el cómo y el cuándo de la inmigración y ramificación de los semitas, por mas que algunos afecten opinar así. Es, en efecto, de la mayor importancia para la exacta apreciación de la primitiva historia de la Babilonia del Norte, saber si los babilonios semíticos constituían una rama especial de sus otros hermanos, mucho mas íntimamente unidos entre sí, y si pisaron ó no desde el principio de su inmigración, como estos últimos, la fértil tierra del olivo, la higuera, la vid y otras plantas que no existían en la Babilonia; y para la inteligencia de la historia de la civilización semítica es seguramente indispensable arrojar vivísima luz sobre tales puntos. La ausencia de toda huella en el lenguaje babilónico-asirio de los nombres semíticos generales (araméico-cananeo arábigos) de las tres plantas indicadas y otras circunstancias análogas constituyen, con las importantes deducciones lingüísticas, argumentos decisivos en favor de la tesis ya expuesta: el camino seguido por los colonizadores semíticos de las tierras inferiores del Eufrates no fué, en realidad, por terrenos en que eran indígenas esas plantas, sino que directamente del Este ó del Nordeste vinieron, antes que sus hermanos, otros semitas al Asia anterior y fundaron su nueva patria, Babilonia.

CAPITULO IV

TERRITORIOS Y PUEBLOS LIMITROFES

En el período babilónico antiguo, que es el de que vamos tratando en primer lugar, es aun muy reducido el número de pueblos extraños con los cuales tuvieron los babilonios relaciones, ya comerciales, ya de competencia guerrera; muy al revés de lo que se observa en la época de los reyes asirios, cuando el poderío del gran rey llegó á extenderse hasta la Lidia y la Etiopía. Por el pronto solo hemos de hacer referencia á los territorios de mas próxima vecindad, y muy principalmente á dos que nos merecen desde luego detenida atención antes de traspasar los umbrales de la historia propiamente dicha. Son estos dos territorios, primero: todo el occidental desde la Mesopotamia hasta el Líbano, que ya figura en las inscripciones de Gudi'a (como 3100 años antes de Jesucristo) con el nombre de *Martu*, ó sea la «tierra de Occidente» y que después, por los años 1900 años de J.C., en

tiempo del último rey de Larsa, fué objeto de una gran guerra de conquista que se extendió hasta las fronteras del Egipto; y en segundo lugar, el desde antiguo poderoso «Elam», que lindaba al Este con la Babilonia del Sur, y de cuyo vencimiento ya se alaba el mismo Gudi'a, pero que luego logró establecerse en la Babilonia desde el siglo 23.º pre-cristiano hasta el 19.º, hasta que Chammuragas, por los años 1900 años de J.C., arrojó para siempre del país á la dinastía elamita de Larsa y convirtió en capital á la floreciente Babel. A estos dos solo nos resta añadir los países montañosos al Norte de Elam, con una población indómita, afin de la de este último, ó sean los cusitas ó «coseos» y los «asirios», que comenzaron á hacerse poderosos desde mediados del segundo milenario pre-cristiano y que tenían su asiento al Nordeste de la Babilonia, precediendo al territorio de aquellos y al de los namri.

Para determinar mas exactamente los límites geográficos comprendidos bajo el nombre de *Martu*, debemos consultar las inscripciones de los reyes asirios; pero de ellas parece desprenderse también que tal nombre significaba mayor extensión de poder, porque si en algunos casos «la tierra del Occidente» (*Martu*, semítico *Acharrá*, «lo occidental») parece limitada á los pueblos situados en la costa del Mediterráneo, ó sea la Palestina y la Fenicia, en esos mismos textos es también denominación general para todo el conjunto de territorios entre el Eufrates, el gran desierto sirio-arábigo y el Mediterráneo (2). Tendría, pues, justificación el que aceptase como verdadera la acepción mas general (sobre todo con referencia á la primera época babilónica), acepción indicada ya por el nombre «tierra del Occidente.» Sin embargo, podría ser que la palabra *Martu* hubiese tenido un significado especial en su origen, expresando solo una parte de tales territorios, y que hubiese sido aplicada luego por los sumeros en el concepto general de «Occidente.» Si pudiese demostrarse que efectivamente esta palabra tuvo tal sentido mas estrecho, quedaria solventada toda duda acerca de su primitiva acepción especial. Ahora bien, creo en realidad poder demostrarlo así, á lo menos con sumo grado de verosimilitud. La palabra sumérica *martu*, que además de «Occidente» significa también «viento de tempestad» (de ahí el nombre del dios citado anteriormente), tiene en este último significado la otra forma *amatu*, cuya etimología no es en modo alguno «agua (*a*) en el barco (*ma*) penetrar (*tu*) dejando;» ¿no hemos de poder admitir que no resultando primitiva palabra sumérica, no sea en su origen sino una abreviatura de *Amar-tu* (esto es, Amar con terminación femenina semítico-cananea), «tierra de los amorreos?» (3). También los antiguos egipcios llamaron á la Palestina del Norte hasta Damasco «tierra de Amar», como fué igualmente «ciudad de los amorreos», *Gar-imiri-sh* (4), otro nombre del mismo Damasco. El dios *Martu* vendría á ser por este modo el «dios del Occidente», y de ahí la asimilación hecha por los sumeros, con todo lo cual concordaría perfectamente cuanto sabemos de tal divinidad. Como *Martu* ya era entre los arameos la divinidad del viento de la tempestad, adquirieron *martu* y *amatu* (de *amartu*) en el lenguaje sumérico el mismo significado de «viento de tempestad», lo que, según parece, solo tuvo aceptación en la lengua de los doctos; ya que las expresiones usuales para ello eran *imi* (¿de *imir*?), *mir* y acaso también *tu*. Siendo esto exacto, resulta entonces

(2) Véase F. Delitzsch: «¿Dónde estaba el Paraíso?» págs. 271-272.

(3) Acaso se explica así también el *Amatu* en vez de *Hamat* (Hamath) que encontramos en las inscripciones asirias.

(4) El asirio *Kar-iméri-shu*, «burgo de su asno», «ciudad del asno», es simplemente etimología popular asiria; la articulación final, á manera de silbido, es terminación casual hetita.

(1) Significativos de lo mismo son acaso los nombres geográficos, de carácter decididamente semítico, que terminan en *-um*, ó *-num*, como el nombre de país *Martu* (si deriva de *Amar-tu* con terminación femenina semítica) en las inscripciones de Gudi'a; en este caso ya nos encontraríamos por los años 3100 con cananeos semíticos en la Palestina del Norte y en los montes del Líbano.